

_ Daniel Verdù

Una isla dentro de Europa
Morir en día bisiesto
Vida y muerte de Ugo Russo

La noche del 29 de febrero de 2020, uno de esos raros momentos que el calendario desentierra cada cuatro años cuando toca bisiesto, Ugo Russo, un chaval de 15 años del barrio de Quartieri Spagnoli, puso un pie en la calle con una pistola de juguete pensando en hacerse con algo de dinero para salir de fiesta. Una mala idea, como tantas otras en un barrio donde como en la mayoría del centro de la ciudad, el 40% de los estudiantes abandona prematuramente el colegio. Es el extremo de una línea recta entre dos puntos que une la vida y la muerte, pero también el comienzo y el final de una decisión equivocada en un lugar que no perdona este tipo de errores.

Ugo subió esa noche al scooter de un colega y cruzaron las callejuelas del centro hasta Santa Lucia. Ahí encañonaron a una pareja que iba en su coche con una Beretta 52 que en mitad de la noche parecía auténtica. Pero el hombre al que iban a robar el Rolex, de 23 años, resultó ser un carabinieri fuera de servicio. Sacó su pistola y disparó cinco veces contra ellos. Tres proyectiles alcanzaron a Ugo —dos en el pecho y uno en la nuca cuando intentaba huir—, los otros se perdieron en lo oscuro mientras las campanas de aquella absurda aventura repicaban ya a duelo. Nadie dijo nunca que fuera un santo. Pero un año después no se sabe mucho más de lo sucedido. No hay autopsia clara ni condenas. Y su rostro, como el de tantos otros chicos muertos en reyertas o con la policía, preside una de las esquinas del centro.

Nápoles siempre fue una anomalía europea, una fabulosa trinchera contra la globalización y la homogeneización del mundo. Me lo enseñó el extraordinario fotógrafo Paolo Manzo, a través de su trabajo y de su amistad sobre una periferia a veces completamente central. No conviene buscar aquí franquicias estéticas o culturales de lo que ocurre en

el resto de grandes ciudades. La mayor parte del centro, a diferencia del de las principales urbes, nunca fue conquistado por las clases medias. En muchos aspectos posee hoy una configuración social más centroamericana que mediterránea, más parecida a una favela que a un casco antiguo. La maldita gentrificación, ese fenómeno por el que las clases bajas fueron expulsadas de sus casas en el centro de las ciudades para convertirlas en lugares de privilegio residencial o turístico, es aquí una entelequia. Y Quartieri Spagnoli, quizá el barrio más paradigmático del centro de Nápoles, es la mejor expresión de cómo es posible construir una isla dentro de otra isla.

La metáfora insular siempre funcionó bien para explicar los mecanismos de la novela, especialmente a partir de aquel Robinson Crusoe. La idea de un relato de aventuras fascinante en un lugar que limita el espacio y obliga a ampliar la imaginación hasta que puedes salir volando. Un remedio a la condena de vivir atrapado en un pedazo de tierra rodeado de agua y que genera una insoportable claustrofobia. Pero también la fascinación de saber adaptarse a unas reglas de convivencia propias. El centro de Nápoles ha funcionado así desde que se instalaron aquí los militares españoles en el siglo XVI. La densidad poblacional (hoy es de 17.500 habitantes por metro cuadrado), su diseño urbanístico y las viviendas en los bajos a ras de suelo que actúan como pequeños retenes, han configurado siempre una manera de vivir distinta. En los problemas, claro. Pero también en la generosidad, apertura y solidaridad casi tribal entre la gente que lo habita.

Ugo Russo vivía en un segundo piso en una callejuela del barrio, muy cerca de Montesanto. Tenía tres hermanos: uno mayor y dos pequeños. Subía y bajaba las cuestas y las escaleras del rione. También las de su propia vida. Decidió dejar de estudiar. Así que trabajó un tiempo repartiendo tomates. Otro período fue albañil, se buscó la vida. Y también pasó tiempo sin hacer nada. Y todo sin apenas salir de aquel pedazo de tierra rodeado de agua imaginaria. El centro de Nápoles, una ciudad de apenas un millón de habitantes, tiene fronteras para muchos chicos que no se atreven a cruzar de una calle a otra solo porque cambia el nombre del barrio. Y muchas de las bandas juveniles han crecido en los últimos años al calor de esa suerte de yihadismo social. Una aspiración al martirio surgida más bien del desinterés por una vida terrenal que en la ambición de un más allá esplendoroso. Y de este modo el paraíso, el de Dante o el que cada uno quiera, se convierte principalmente en un horizonte que nunca llegará.

Hoy los callejones que configuran el purgatorio eterno de la familia de Ugo, con la tienda de pan y nueces que anuncia sus productos en una lona bien grande, el colmado o la frutería debajo de casa, siguen formando un paisaje casi igual que el de los últimos siglos. Solo el enorme mural con su rostro que preside una de las esquinas rompe la línea recta de la extraordinaria normalidad de Quartieri Spagnoli. También la pequeña capilla dedicada a Ugo, convertida en los últimos tiempos en otra excusa para el exagerado debate público y en esa exigencia de la familia tan difícil de alinear la mayoría de veces en la vida: la verdad y la justicia.

Los altarcitos, las capillas de callejón y esquina han sido siempre una de las señas del centro de Nápoles. La falta de luz eléctrica en sus calles impulsó décadas atrás la costumbre de construirlos para iluminar los callejones de Forcella, Sanità o Tribunali. Recordaban a los muertos, como tantas esquelas en los muros lo hacen todavía. Pero prestaban también un servicio público fundamental allá donde el Estado no llegaba (que era a casi ningún sitio). La tradición, en un lugar marcado por la promiscuidad entre los santos protectores y el crimen organizado, se convirtió también en una grieta para celebrar la vida y la muerte de algunos antiguos héroes del hampa napolitana.

Ugo Russo tuvo la desgracia de morir en ese claroscuro donde nacen los monstruos. En un lugar de la ciudad donde uno corre el riesgo de convertirse fácilmente en un símbolo. Tomó una decisión equivocada en un día que solo asoma cada cuatro años. Ni siquiera ahora su familia podrá recordarle anualmente en una ciudad que necesita celebrar a sus muertos tanto como se entrega a sus vivos. Y los murales, las capillas, son la única manera de hacerlo a diario. Especialmente cuando uno se marcha en un año bisiesto.